

INTRODUCCION AL LIBRO "CERVANTISMOS Y QUIJOTERIAS"

Carlos E. Mesa G., C.m.f.

I. EL PAISAJE, 1920

Uno, de solo cinco años, vino a conocer la existencia del Quijote: del libro y del personaje. Ello sucedió en un pueblito de Antioquia, en una casa de campo, por enseñanza de un hacendado que se picaba de certero comerciante y pasaba como poeta clandestino...

Viene de antiguo en estas breñas de Antioquia la afición al Quijote. Entre 1825 y 26 anduvo por estas tierras el caballero sueco Carl August Gosselman, teniente de la armada de su real majestad, y autor de un libro en que narró su apasionante experiencia: *Viaje por Colombia*. Refiere que, después de largas y aterradoras jornadas por agua y por tierra desde Cartagena de Indias, llegó a las alturas de Marinilla y de Rionegro; en esta última ciudad se hospedó, pues para ello venía muy recomendado, en la casa del caballero don Pedro Suárez, "excelente ciudadano no sólo de la provincia de Antioquia sino de la República..."

Allí encontró un salón de rara exquisitez, amoblado y decorado con pompa cercana a la europea que, enclavado en el interior de Sur América, resultaba inesperado.

Allí muebles, espejos, lámparas de colgar y un piano de cola planteaban la pregunta de cómo pudieron llegar hasta aquí, sobre todo ese piano,

primero que él veía en tierras de Colombia. Había también una caja musical alemana que comenzó a deleitar con su bello sonido.

La noche que pasé junto al círculo familiar resultó muy agradable. Cuando me despedía para retirarme a mi habitación, el dueño me llevó a contemplar un libro semejante a la Biblia que se encontraba sobre una mesa, al tiempo que me preguntaba sonriendo si lo conocía. La pregunta me sorprendió bastante... Afortunadamente me vi exonerado de responder cuando al abrir la gruesa tapa de cuero quedó al descubierto una hoja con grandes títulos en letras rojas que decían: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Lo que ante mis ojos se ofrecía era una pomposa edición, con gran cantidad de grabados, que daba a conocer las aventuras de este universal personaje.

Esto sucedía en Rionegro en 1825. La edición que yo conocí, a mis cinco años, en condiciones y circunstancias diversas, era muy distinta. Misterioso este camino, este destino, este paradero de los libros desde su remota imprenta española hasta el rincón de una aldea, de una casa campestre de América. Destino que ya conoció la primera edición del Quijote gracias a la universalidad de nuestra lengua imperial.

Tarso, en el suroeste de Antioquia, año de 1920. Hacienda de El Paisaje. El que escogió para esta casa el paraje tenía el sentido de la belleza natural, la estrategia de los panoramas. Rellano ancho, a mitad de una cuesta de los farallones, que se yerguen a espaldas de la casa. Por delante, en semicírculo, se ensanchan horizontes de lejanía.

Al borde casi del rellano y cuando ya empiezan las vertientes por uno y otro lado, se asentó la casita primitiva que luego, por adiciones, fue creciendo.

La casa tiene, aún hoy, forma de escuadra, un corredor interior con baranda y piso de madera crujiente. Sillones y mecedoras invitan al descanso y a la tertulia hogareña en ese mismo corredor, frente al invasor huertecillo en que medran naranjos, nísperos y chumbimbos, a cuya sombra hay también jazmines, rosas, claveles y matas de aromática piña.

Pasada la cerca del huertecillo empiezan los declives hacia las cañadas por donde fluyen las aguas que bajan de las montañas altas. Allá abajo, en un llano angosto, emergen las torres del campanario sobre los techos rojizos; un poco más abajo, la llanura de Mangavilla moteada de praderas y ar-

boledas, y lejos, más allá del río Cauca que se adivina en la hondonada, azulea la cordillera en un anfiteatro amplísimo de lomas, hendiduras, picos y cresterías que van desde la comarca de Urrao hasta la zona de Fredonia o de Medellín.

En las noches serenas, deliciosamente templadas, de este rincón del trópico, desde el corredor de la casa se confunden a la vista el telón millonario de las estrellas y las lucecitas de los pueblucos encaramados en los cerros. Qué incitante se veía el collar revuelto de la iluminación nocturna de la empinada Concordia.

De allí vino un día una jovencita que intimaba con María, la mayor de las Gómez. La visitante pensaba ya en un convento teresiano de la Villa de la Candelaria; la visitada, en el nuevo hogar. Vino a despedirse de su amiga antes de recluirse en el convento. Y pasaba ratos acodada en la baranda de la casa, mirando esas lejanías de ensueño; ese milagro de azul montañero, de nieblas vaporosas, de hervidores vahos meridianos, de sol rubio sobre esa anchurosa convulsión andina.

Cuando vuelve a Concordia otea nuevamente a la inversa, hacia la recordada vertiente de Tarso; ve la loma, el caminito serpeante, la casa blanca. El prismático le acerca ese balcón maravilloso donde ha pasado días inolvidables y en una carta le dice a María: "Tu casa es, simplemente, El Paisaje. No conozco mirador tan bello".

La finca de los Gómez se llamó El Paisaje. En él, poco después, iba a nacer un predestinado de Dios para el supremo testimonio de la sangre...

En la casona de El Paisaje había dos presencias grandes, doña Julia, don Ismael. Ella era de Marinilla, hija del coronel Cesáreo Gómez, prócer de la montaña, militante de la godarria.

Menuda, vivaracha, ágil para la frase de humor, serenamente enérgica para el mando de catorce voluntades y de copiosa servidumbre, inflexible para el deber, hacendosa sin tacañerías, cumplidísima con Dios.

Don Ismael, jinete en alazán de buena estampa, recorre sus haciendas en trato con mayordomos y agregados, lince para la mejora en el cafetal, en el cañamelar, en los herbazales de la ganadería, certero y rápido para el negocio redondo, parco en el mandar, obedecido y respetado. Impone su

figura de hidalgo, con más semejanzas al zar de Rusia que a su admirado don Miguel de Cervantes. Repasa papeles ante su escritorio y, según dicen fisgonos de la familia, cultiva el amor secreto de las musas y descansa de la compra, la venta y la permuta componiendo tiradas de rimas. "Poema a Cristóbal Colón, al trabajo, a la locomotora, a la mula del arriero antioqueño...". Es su oculta afición que todos conocen y nadie comenta.

Hacia la media tarde, en ese clima veraniego, se pasea lentamente por el corredor. Y lee con voz susurrante libros viejos, mientras hijos y nietos enmudecen respetuosos. ¿Quién osaría interrumpirlo? La mirada de sus ojos verdes equivale a una voluntad o a un reproche.

Su libro preferido es un tomo pequeño y regordete. Y la prole observa que el señor a veces cierra el libro, sonrío, lo abre de nuevo.

El hijo menor -de seis años- le tiene confianza y un día se le atreve:

-Papá, ¿qué libro es ese? ¿Por qué ríe solo?

-Este libro se llama don Quijote de la Mancha. Lo adquirí en Medellín y hace años lo leo y lo releo.

Cuando don Ismael termina su lectura de esa tarde y monta a caballo para irse a pasar un rato de tertulia con unos sus amigos en una tienda del pueblo, el niño y un sobrinito se acercan a un armario y de una gaveta sacan el libro.

Es una edición popular del Quijote, impresa en Barcelona, en tamaño pequeño, en letra menuda, con grabados negros en que resaltan un caballero alto y flaco, un escudero bajo y gordo, un enjambre de varias personas en los más variados atuendos. Y lances y unos molinos de viento por esos campos famosos de La Mancha.

Los dos niños hojean, curiosean, deletrean, repasan con avidez ese libro que entretiene y divierte al señor de la casa y lo hace reír a solas, como si no estuviera en su sajo juicio...

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. (Todo es raro y nuevo en este título...).

-¿Y por qué se llamará de La Mancha?

II. LA MANCHA, 1936

En una mañana de enero de 1925, ese niño aldeano que ya sabía quién era Don Quijote, llevado como éste de una misteriosa intención, subió sobre un rocinante de la paterna hacienda y "salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo" de hacerse misionero de Cristo en tierras lejanas. Es claro que el corazón le sangraba allá adentro, pues era muy apegado a la familia, pero un designio superior lo iluminaba, lo fortalecía y lo arrancaba de su casa.

Allá en su seminario de la sabana de Cundinamarca, no lejos de Santa Fe de Bogotá, aprendió latines y griegos y castellanías de muy buena ley. Y oyó y celebró con embeleso cuando su profesor de literatura, español muy sabido, les leía y les comentaba en clase pasajes del Quijote o de *La ruta del Quijote* del maestro Azorín.

Y todo ello le fue avivando sus antiguas ansias de viajar a la Madre España. El 8 de octubre de 1935, en carta a un sobrino, le decía:

Ya me tiene en Castilla, la de las pardas onduladas crestas, la de las castas soledades hondas, cuyo color dicen que es el de la leona y que como una leona está tendida en la majestad de su reposo...

El 8 de mayo de 1936 escribe en carta a un compañero:

Ya no de Extremadura, sino de la mismísima Mancha les escribo. En nombre propio y en el de los citados caballeros, a todos mi cordial saludo...

Vive en Ciudad Real.

El 28 de julio de 1936, en plena revolución española, enfrentada entonces la cruz con la hoz y el martillo, Jesús Aníbal con otros compañeros logró salir de Ciudad Real, capital de La Mancha, hacia Madrid en donde él soñaba encontrar el amparo del pabellón de Colombia y emprender el regreso a la patria, después de tan extrañas y nunca imaginadas aventuras.

Esa misma tarde, al llegar el tren a la estación pueblerina de Fernán Caballero, se les reconoció a todos por una contraseña de siete distintos

sellos que en Ciudad Real les habían entregado, se les ordenó bajar a tierra y fueron ametrallados por unos milicianos en el andén de la estación.

De ese modo Jesús Aníbal fue a morir en esa Mancha que de niño le había inquietado la imaginación como campo de aventuras y proezas de un gran caballero...

Sólo en una noche de septiembre llegó la noticia de su muerte al rincón solariego de El Paisaje. Una tardía carta lo contaba todo. Su hermano Gabriel, que desde la hacienda acertó a bajar ese día al pueblo, la había recibido y leído en el correo de la mañana y estuvo el día entero dudando si llevar a su familia semejante noticia... En esa muerte había algo de quijotada a lo divino...

III. EL PAISAJE, 1963

Desde aquel primer encuentro con el Quijote en la hacienda paterna y en manos del abuelo hidalgo, han transcurrido cuarenta y tres años.

Uno de aquellos niños yace sepultado en Ciudad Real, capital de La Mancha.

Otro ha regresado después de prolongada ausencia...

Cuatro de enero de 1963. sobre el panorama anchuroso de Tarso -declives hacia la hondonada del Cauca y telón azul de montes lejanos al otro lado- cae el dorado cristal de un sol de gloria mañanera.

Por el camino ancho que sale hacia Jericó sube una alegre caravana familiar. A poco se desvía y se interna por una vereda. Va hacia la casona vieja de El paisaje, antaño colmena rumorosa de muchas vidas, hogaño casa de soledad sobre un collado mustio.

La caravana sube para visitar y dar los parabienes de año nuevo al patriarca de El Paisaje, don Ismael Gómez. Son hijos, nietos, bisnietos en bulliciosa bandada.

Detrás de un cerco de naranjos la casa se esconde acorazada de silencio.

Cuando llega la caravana esperan en la barandilla Gabriel y Alicia, los últimos guardianes de la casa solariega. Por el corredor, a pasos lentos, pero aún erguido, avanza don Ismael, con su estampa de hidalgo.

El señor sonríe, saluda con mesurados modales, acaricia a los niños, pregunta sus nombres, admira sus gracias.

Todos ellos han venido de Medellín a disfrutar vacaciones navideñas en la tierra de sus antepasados.

El señor, rodeado de su bíblica tribu, se va hacia el extremo del corredor.

Hace más de cincuenta años éste ha sido su rincón predilecto. Aquí ha leído, ha negociado, ha rezado, ha versificado.

Ahora, en este momento de la mañana bella, junto a los gajos de los naranjos cercanos, el señor lee un libro antiguo de pastas negras.

-Aquí estoy preparándome para el gran paso. Estoy leyendo *La diferencia entre lo temporal y lo eterno*.

En estas palabras tuyas no hay tristeza ni angustia. Hay serenidad.

Un silencio total ha invadido los corazones.

La casa nos parece en este segundo mucho más vieja. Pero ahí fuera, sobre los campos, cae el júbilo del sol.

Y en el aire revolotean los pájaros.

Se habla sin hondura, se dicen trivialidades... asoma algún recuerdo.

De repente, los niños se desbandan, alborotan, ríen, gritan. Como hace cuarenta años...

-¡Papá, mire qué flores tan lindas!

-Yo he cogido ya cinco naranjas.

-Vamos a montar a caballo.

-Mamá -pregunta Margarita María-, ¿cuál es la pieza en que nació Jesús Aníbal?

-Esta.

La habitación sigue igual. Piso de tablas, cama grande, paredes blancas, un cuadro ya esfumado de la Virgen, una fotografía de Jesús Aníbal, con su negra sotana de religioso, unas flores de esa misma mañana.

Mientras la infantil bandada puebla otra vez la casa y las vecinas arboledas de una algarabía loca, el patriarca, rodeado de los mayores, repasa vivencias de juventud. Andanzas juveniles por el Porce y por Andes, por Tarso y Pueblo Rico; haciendas de café llevadas por él que ya son de otros dueños; amigos y días que se fueron; juventud, divino tesoro, fugaz tesoro...

De pronto, el señor interrumpe y se dirige al nieto venido de remoto país y que está reviviendo también emociones inefables, después de treinta y nueve años de ausencia.

-¿Sabes una cosa? varias veces he soñado que esta casa será algún día un gran santuario. ¿Qué te parece?

-Es claro, en esta casa nació Jesús Aníbal.

-¡Quién sabe -agrega- qué verán los venideros!

El anciano doblega la cabeza. Al anciano se le agolpan de pronto oleadas de recuerdos.

-Sí -asiente afirmando con la cabeza-, yo confío en que él me dará la mano.

Ya ha venido la tarde. La tarde maravillosa del trópico. La tarde amplia, honda, azul, sosegadora, turbadora, en la casona vieja.

-Esperen un poco y verán qué maravilla.

Junto a la baranda del corredor hay un chumbimbo, un níspero, unos naranjos. A la mitad de un alto tronco, el señor mandó poner, hace ya

muchos años, una repisa, y en ella, todas las mañanas, rodajitas de plátano y naranjas abiertas.

Es el festín diario de los innumerables pájaros de El Paisaje.

Allí vienen a picotear, tras unos cautos revoloteos, las avecillas de plumajes más insólitos, los más pintados y diminutos alardes de la pajarería tropical.

De pronto, la oleada de los bisnietos invade el corredor y trunca el sosiego de la hora vespertina.

Ya despuntan arriba unos luceros altísimos.

Ya es la hora del regreso.

-Hasta el año siguiente, ¿verdad?

-Si Dios quiere...

Sobre la casa antigua empieza a posarse nuevamente el silencio; se hace densa la soledad.

Desde la baranda nos siguen mirando Gabriel, Alicia, don Ismael.

Los niños corretean por el camino. Los mayores cabalgan, sin prisas, loma abajo.

Ya ellos, los tres, han desaparecido del corredor.

Las torres parroquiales de Tarso van desgranando ahora, las campanadas lentas del ángelus. Por las lomas y por las cañadas, por Mangavilla y por El Paisaje, por los aires de la tarde azul de enero y por las almas de los caminantes cruzan los sonidos de unas campanas invisibles.

Y uno, al paso cauteloso del caballo por esos andurriales, va rememorando y engarzando vivencias peregrinas.

En la lejana aurora de la vida, que se le fugó en esta misma aldea, uno vio al abuelo pasearse por ese corredor leyendo el don Quijote; ahora, a la vuelta de los días mil, ya en la atardecida, lo he visto apoltronado en su si-

llón apacentándose en un clásico libro de verdades eternas: *De la diferencia entre lo temporal y lo eterno*.

En esta aldea supe un día quién era don Quijote y cuál el campo de sus hazañas y locuras. Ahora, de regreso de tántas tierras, voy repasando aquella jornada en que pude visitar en un mismo día los molinos de viento de Campo de Criptana y el cementerio de Ciudad Real en donde yace sepultado Jesús Aníbal, mi compañero del temprano descubrimiento cervantino.

Y me pregunto también cuál es, en puridad, el Quijote de don Ismael.

¿Aquel librito abultado que vino desde Barcelona al andino Paisaje, a los ojos y el espíritu del señor de la hacienda? ¿O aquel muchacho que desde El Paisaje, siguiendo altos ideales y luceros, se fue a morir en La Mancha?

Misteriosos e impredecibles esos caminos desde Cervantes al padre Nieremberg; El Paisaje, en esta América andina, hasta La Mancha de don Quijote.

Y de aquel curioso primerizo del escondido volumen a este manajo de páginas, a estas investigaciones y pesquisas, divagaciones y espigues en el libro inmortal y en sus comentadores, que hoy recopilo y ofrezco bajo el título de *Cervantismos y quijoterías*.

Manajo que no se presenta con presunciones de originalidad ni profundidad sino de modesto y cordial homenaje a Cervantes y a la Madre España que nos dieron el inapreciable tesoro del idealismo; páginas escritas aquí y allí, en diversas épocas, que en su mayor parte fueron publicadas por primera vez en *El Colombiano*, de Medellín.

Quiera el cielo bendecir mis *Cervantismos y quijoterías*, y Vuesa Merced, lector, quiera acogerlos con amplia benevolencia.